

Reimpreso de la Revista del Colegio Médico de Guatemala

VOL. X

DICIEMBRE 1959

NUM. 4

**FACTORES CAUSALES DE LA
DESNUTRICION ¿PUEDEN
CONTROLARSE?**

**DR. CARLOS PEREZ AVENDAÑO
EDITOR**

Factores Causales de la Desnutrición ¿Pueden Controlarse? *

DR. CARLOS PEREZ AVENDAÑO
Editor.

INSTITUTO DE NUTRICION DE CENTRO AMERICA Y PANAMA (INCAP)
GUATEMALA, C. A.

INTRODUCCION

El trabajo inicial del Instituto de Nutrición de Centro América y Panamá (INCAP), se orientó hacia el conocimiento de la magnitud y naturaleza de las enfermedades nutricionales de la población centroamericana. En el medio guatemalteco, el síndrome pluricarencial de la infancia constituye la manifestación más severa de la desnutrición y a ella pagan tributo anualmente centenares de niños de edad preescolar. Es por ello, que este síndrome se puede considerar como uno de los problemas más graves que se confronta en el campo de la salud pública, y cuya solución ha sido, por lo tanto, uno de sus objetivos primordiales.

Las actividades encaminadas a la solución del problema de la desnutrición proteico-calórica en la infancia, son múltiples y muy complejas. Muchas de ellas caen dentro del campo de la medicina y la salud pública, mientras que otras son responsabilidad de diversas disciplinas. Con el propósito de determinar las responsabilidades que, en carácter de médicos o de trabajadores en salud pública nos corresponden, y de analizar, asimismo, si estas actividades las desempeñamos como corresponde, es necesario primeramente conocer los factores pre-disponentes y desencadenantes de la desnutrición severa y la manera como éstos entran en juego, para luego analizar la forma en que se está combatiendo cada uno de esos factores. Con esa finalidad trataremos hoy, por medio de la presentación

de casos reales de malnutrición grave, de estudiar la forma cómo desde el punto de vista médico, fueran enfocados cada uno de ellos, analizando, a continuación, el papel que los factores de índole socio-económica desempeñan en relación con este problema y que por lo general olvidamos en el curso de nuestra práctica médica.

PRIMERA PARTE

ANALISIS DEL TRATAMIENTO MEDICO IMPARTIDO

Por razones ajenas a nuestra voluntad, no pudo reproducirse de la cinta magnetofónica en donde había sido grabada, la intervención de cada uno de los participantes en esta primera parte de la discusión. Por lo tanto, presentamos nuestras excusas a aquellas personas que tan desinteresadamente colaboraron con el Instituto de Nutrición de Centro América y Panamá (INCAP) en el desarrollo de esta mesa redonda, y expusieran en forma tan brillante el fruto de sus estudios y experiencia que hoy nos vemos imposibilitados de publicar. Rogamos igualmente al gremio médico que con tanto entusiasmo esperara la publicación de esta interesante discusión, tenga a bien aceptar nuestras disculpas.

SEGUNDA PARTE

ANALISIS DE LOS FACTORES SOCIO-ECONOMICOS

Doctor Pérez Avendaño: Como explicáramos anteriormente en el curso de esta mesa redonda, la desnutrición no es un problema que incumbe exclusivamente al médico, a pesar de que se manifiesta como un problema de la salud del individuo. Existen otros muchos factores cuyo conocimiento nos facultaría para enfocarlo de manera adecuada y,

* Mesa Redonda celebrada durante el IX Congreso Nacional de Medicina de Guatemala en Diciembre de 1968. Participaron en la primera parte de esta Mesa Redonda, los Doctores Ernesto Cofiño, Rolando Ferraté, Moisés Béhar y Carlos Pérez Avendaño, y en la segunda parte, los Doctores Jorge Luis Arriola, Manuel Noriega Morales, Rolando Collado, Moisés Béhar y Carlos Pérez Avendaño, así como el Ingeniero Jorge Arias.

** Jefe de la División de Servicios a los Países Miembros y Director Adjunto del INCAP.

por lo tanto, más efectiva. Es por ello que en esta discusión tenemos la honra de contar como participantes a distinguidos economistas, expertos en estadísticas vitales y ciencias sociales, etc., con cuyo concurso trataremos de analizar algunos de los factores de orden socio-económico que tan directamente se relacionan con el problema de la desnutrición. De acuerdo con el estilo adoptado en la primera parte de esta mesa redonda, el Doctor Moisés Béhar, del INCAP, presentará un caso efectivo de síndrome pluricarenencial de la infancia, para que, con base en esa historia, se analicen los aspectos socio-económicos del mismo.

Doctor Béhar: Presentaré a ustedes el caso de M.M.R., una niña de un año y diez meses de edad, que ingresó al hospital con síndrome de pluricarenencia infantil, el 24 de enero de 1956, nacida en esta ciudad y residente en la Zona 14. El padre, un alcohólico, murió hace un año a la edad de 38 años, y la madre, sana, es de 40 años; la niña tiene 5 hermanos vivos de 17, 16, 13, 8 y 6 años, respectivamente, y dos hermanos muertos. Uno de ellos falleció al año y medio como resultado de lo que la madre califica de infección, habiendo presentado hinchazón al morir; el otro murió al año dos meses de edad, de sarampión.

Los cinco hermanos vivos y el primero de los muertos son de un matrimonio anterior; la madre se separó de este marido hace cuatro años. En cuanto a los ingresos de la familia, la madre trabaja vendiendo café por las noches y gana más o menos 50 centavos al día; el muchacho de 16 años es empleado y gana Q5.00 al mes, de lo cual da a la madre 3 para cubrir el pago de la casa; el hermano de 13 años trabaja como lustrador y ayuda con 15 a 20 centavos al día; la hermana de 8 años trabaja en un pensión donde gana Q2.00 al mes, destinando a la casa Q1.00; la hermana mayor, de 17 años, y la menor de 6, ayudan a su madre en los quehaceres domésticos. La casa donde habitan, que consta de dos cuartos y cocina, tiene paredes de adobe, piso de tierra, techo de lámina, y letrina; no disponen de agua, por lo que tienen que comprarla a 3 centavos el bote. La niña nació de parto normal en el Hospital General, fue alimentada al seno materno hasta un año 6 meses, cuando la madre la destetó por insuficiencia de secreción láctea; recibió alimentación complementaria desde los 10 meses, consistente en caldo de frijol, tortillas y pan. Al año y 2 meses se le alimentaba con atole de maicena como suplemento al pecho, porque no le satisfacía la cantidad de leche que la madre le daba; después del destete, se

le dio caldo, tortillas, pan, café y atole de maicena o de yuca; ocasionalmente también formaban parte de su alimentación: güisquil, papa y zanahoria. En cuanto a los antecedentes patológicos, 4 meses antes de que hiciera su aparición el síndrome, tuvo sarampión, después del cual quedó con diarrea y sólo le daban atoles, pedacitos de pan y café; un mes antes de ingresar al hospital aparecieron los edemas y, progresivamente, los otros síntomas característicos del SPI.

Doctor Pérez Avendaño: Considero que hay un factor muy importante en esta historia que se refiere al ingreso económico de la madre, principal contribuyente en la familia. Ingeniero Jorge Arias, ¿podría usted expresar algunos comentarios en este sentido?

Ingeniero Arias: El caso que nos acaba de ser presentado es un ejemplo típico de situaciones que con frecuencia se presentan, no sólo en Guatemala, sino en otros países también. El clasificar el complejo de factores socio-económicos que participan en preparar el escenario en el cual se realizan esas tragedias, constituye un problema no fácil de resolver, sobre todo en esta ocasión, si se toma en cuenta el corto período de tiempo que gentilmente ha sido puesto a nuestra disposición. Pero si no estamos en posibilidad de efectuar un análisis completo, por lo menos podríamos puntualizar uno de los principales factores, como es el bajo ingreso.

Para colocar el problema en sus dimensiones nacionales, podemos mencionar que en países subdesarrollados, como es el caso de Guatemala, se encuentran dos grupos de población que ocupan posiciones enteramente extremas. Mientras uno de ellos prácticamente produce todos, o casi todos los alimentos que consume, el otro grupo se encuentra constituido por población que se aleja del campo, llega a la ciudad y trata de obtener su ingreso mediante la realización de un trabajo, que le permita adquirir también esos bienes necesarios a su alimentación, los cuales por no estar en posibilidad de producirlos, se ve en la necesidad de adquirirlos mediante compra. En el primer grupo, aparecen personas o grupos de personas que viven prácticamente en un régimen de subsistencia, hasta tal punto, que lo más que pueden hacer es obtener mediante trueque de algunos artículos que hayan producido y de los cuales tengan un ligero excedente o desean sacrificar alguna fracción, otros artículos no producidos por ellos.

Entre los dos grupos extremos antes apuntados existe una gama de situaciones que participan con diferente intensidad de las características de uno y

otro. Tratando de cuantificar en una forma somera la situación de las personas pertenecientes al primer grupo, que bien puede corresponder a un indígena del altiplano o bien a un ladino de oriente, se puede decir que una familia media, podría trabajar al año una manzana de tierra, la que dentro de las condiciones usuales de cultivo, tal vez produciría unos 16 quintales de maíz, cantidad que con base en un consumo medio de una libra diaria por cabeza y cinco personas por familia, apenas alcanzaría para suplir las necesidades de la familia en lo que a este alimento tradicional se refiere. En ciertas ocasiones les pueden sobrar algunas pequeñas cantidades que venden con un margen de utilidad muy reducido. En otras oportunidades lo que sucede es grave, pues ante otras necesidades, se ven en la obligación de vender parte de su cosecha, a veces a precios demasiado castigados, con la esperanza de poder comprar ese maíz más tarde en el mercado, operación que con alguna frecuencia no logran realizar. Desafortunadamente es muy poca la información estadística con que se cuenta en relación con dichos grupos.

Por otro lado tenemos a las personas que trabajan también en el campo pero por cuenta de otras, devengando un salario, generalmente reducido, el cual es completado con otras prestaciones tales como vivienda, parcela de tierra, raciones de alimentos a precios menores que los del mercado, etc. Sin embargo, estas personas a pesar de las ventajas aparentes que han quedado señaladas, también viven en situaciones que podríamos calificar por debajo de lo que debería ser un nivel de vida apropiado. Este tipo de trabajo a veces trae otros problemas derivados de la condición de migrante temporal que con frecuencia se le asocia. Cuando el jefe de familia se desplaza a otra zona, para trabajar en la costa por ejemplo, abandona a su familia, dejándola en condiciones a veces precarias. Algunas veces no retorna al hogar y otras veces sólo regresa enfermo para agravar la situación de la familia. Sobre estos grupos de trabajadores sí se tiene un poco más de información. Así se puede decir que un 65% de los trabajadores agrícolas devengan salarios menores de Q20 al mes, sin incluir en éste una estimación de las prestaciones restantes antes aludidas. Pero fácil es comprender que con Q20 mensuales para familias de 5 ó 6 personas, las condiciones de vida tienen que ser marginales.

En los lugares urbanos encontramos a personas que trabajan en el sector industrial o en otros tipos de actividades económicas diferentes de la

agricultura. En ellos, los salarios mejoran sensiblemente, pues el grupo que gana menos de Q20 se reduce a un diez por ciento.

Sin embargo, el movilizarse hacia la ciudad crea nuevos problemas, no siempre compensados por el aumento del ingreso monetario. El moverse hacia los centros poblados significa nuevas necesidades y nuevos compromisos, cuya consecuencia inmediata es que los salarios sean siempre insuficientes para cubrirlos.

Doctor Pérez Avendaño: ¿Cuál situación considera usted que es más grave, Ingeniero Arias, más dinero, pero más exigencias en las áreas suburbanas, o menos dinero pero menos exigencias en los sectores rurales?

Ingeniero Arias: Es un tanto difícil dar una respuesta categórica a esa pregunta. Falta información cuantitativa precisa para juzgar ambas situaciones desde un plano objetivo; pero también hay factores subjetivos que difícilmente pueden ser tratados cuantitativamente, y que psicológicamente pueden determinar una diferencia entre las satisfacciones encontradas por ambos grupos de poblaciones. En la ciudad, la vivienda constituye un problema más grave que en el campo, y además es más cara. Las condiciones sanitarias no siempre ofrecen un panorama alentador. La aglomeración de población en condiciones de bajo nivel sanitario constituye una amenaza constante a la salud, y la desnutrición baja el nivel resistivo a las infecciones.

Desde el punto de vista de ingresos y consumos, puede decirse que para familias con un nivel de ingresos como el que corresponde al trabajador medio de la ciudad, corrientemente los gastos en alimentación constituyen cerca de un 50% del salario. Por consiguiente, una familia que contara con un ingreso medio de Q60 mensuales, gastaría Q30 al mes en alimentación, cantidad que distribuida entre cinco personas adoptando esta cifra como tamaño medio de la familia, significa un gasto de cerca de Q6 mensuales en alimentación, cantidad insuficiente para tal fin, si consideramos que corresponde al costo mensual de un litro diario de leche. Con la misma cantidad de dinero, esas personas podrían adquirir más alimentos en el medio rural, ya que en la ciudad, en vista de nuestros sistemas deficientes de comercialización, se establece un fuerte diferencial entre los precios del productor y los del vendedor. Se cita el caso de que el precio de la papa puede llegar a ser en el mercado cuatro veces el precio en el lugar de producción.

No cabe duda que el factor económico tiene una preponderancia considerable. Sin embargo, si sólo

nos fuéramos a fijar en este factor, podría creerse que el problema es hasta cierto punto irresoluble, y que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera resolverse, porque con las condiciones económicas tan precarias, que no pueden mejorarse de un día para otro, estaríamos condenados a vivir dentro de ese patrón de vida indefinidamente. Creo que a veces se le ha dado demasiado énfasis al factor económico, el cual debe ser considerado con sus tres características: a) bajo ingreso; b) variabilidad del ingreso; y c) inestabilidad del mismo.

La inestabilidad del poder adquisitivo constituye un problema grave, sobre todo en el campo. Así, la persona que está pendiente de la cosecha que recolectará de su parcela, y que la pierde por exceso de lluvia o por falta de la misma, prácticamente pierde todo el ingreso del año, o por lo menos una buena fracción del mismo. Una situación tal es catastrófica para quienes llevando una vida de subsistencia, generalmente no tienen los ahorros necesarios para hacerle frente a las consecuencias derivadas de tal fenómeno. La inestabilidad del ingreso agrícola, constituye pues, un factor negativo adicional para juzgar la situación de estos grupos de población.

Aun cuando hemos tratado de referirnos a uno solo de los muchos factores económicos que deberían tomarse en cuenta en un análisis integral del problema que nos preocupa, no podríamos dejar de citar, siempre en relación con el ingreso, un problema de tipo educacional. Queremos referirnos al caso en que, aun cuando las personas cuentan con un mediano ingreso, no saben hacer el mejor uso de éste, es decir que no lo utilizan en forma adecuada. Desde el punto de vista que nos interesa en esta mesa redonda, o sea de la nutrición, ello significaría que habría que educar a las personas en el sentido de que modificaran sus patrones alimenticios, con el fin de hacer el uso más eficiente posible del dinero gastado en alimentación. En algunos casos en que se ha tratado de educar en forma práctica, haciendo que el niño, en especial, ingiera ciertos alimentos, no siempre ha sido visto en sus implicaciones económicas, con el resultado negativo que en más de una ocasión se ha puesto de manifiesto. A propósito, a menudo he citado un ejemplo que me fue comunicado por un alumno que tenía contacto con la población de Chimaltenango, lugar en el cual recientemente se había establecido un comedor infantil, en el que se servían desayunos encaminados a formar nuevos hábitos de alimentación. Al ser preguntado un padre, la razón por la cual había dejado de enviar a su niño al comedor, respondió diciendo que le estaban enseñando a comer cosas muy caras, que

él después no iba a poder suplir. Lo anterior es un ejemplo palpable de lo que puede suceder con programas educacionales que no contemplan la realidad de nuestro medio, y en especial la económica.

Por lo anterior me parece conveniente reproducir, aquí, a manera de ilustración, los conceptos vertidos por el eminente demógrafo francés Alfredo Sauvy, quien ha dicho que para mantener buena salud y larga vida, es necesario prodigar cuidados preventivos (alimentación, calefacción, higiene, etc.) y cuidados curativos, señalando la necesidad de reconocer el juego de tres factores básicos: *el saber, el poder y el querer*. El saber comprende esos conocimientos de higiene, de dietética, etc., tan necesarios para alcanzar las finalidades señaladas; el poder, que significa el contar con la capacidad adquisitiva necesaria para convertir en realidad lo deseado; y el querer, que significa el deseo de aplicar tanto ese saber como ese poder. Finalmente agrega un factor más, por cierto de mucho interés, que se refiere a la calidad de la organización médico-social del país, de la cual dependen en alto grado los resultados finales que se obtengan para alcanzar ese nivel de salud deseado.

Sería muy difícil decidir a cuál de esos factores habría que darle prioridad, aún dentro de un mismo país, por la fisonomía especial que adquiere cada región del mismo. En general, el saber implica contar con las facilidades necesarias para poderse educar, lo que a su vez exige un cierto nivel económico. El querer constituye un problema un poco más complejo, pues se tiene que entrar dentro del campo de la jerarquía de los deseos. Un cambio de actitudes presupone una amplia campaña de educación, y probablemente se necesitaría que transcurrieran muchos años, antes de que se lograra. En otras palabras, el problema es sumamente complejo, y en su solución hay que tratar de considerar todos los factores enumerados, y sus respectivas implicaciones.

En conclusión, al poner de manifiesto la importancia que tiene el bajo poder adquisitivo del individuo como uno de los factores básicos en el establecimiento de inadecuados niveles de consumo, no ha sido con el ánimo de hacer girar todo el problema alrededor de dicho poder reducido, pues se ha reconocido que el nivel social interviene en una forma indirecta, imponiendo una determinada manera de vivir, que también repercute en mantener esa dolorosa inferioridad de grandes grupos de población ante la enfermedad y la muerte.

Doctor Pérez Avendaño: Gracias, Ingeniero Arias; no cabe duda que como usted ha dicho, a veces

se ha dado énfasis tal vez exagerado al factor económico. Sin embargo, nosotros como médicos debemos tener muy en cuenta, ciertos de los conceptos vertidos y entre ellos vale la pena recalcar algunos: que el poder adquisitivo bajo está directamente influenciado por el estado de salud de la población, es decir, que el poder adquisitivo podría ser mejorado al mejorar la condición de salud de esa población; que la solución del problema económico necesariamente no mejoraría el estado nutricional de la población si ésta no recibe simultáneamente una educación adecuada; es de todos conocido el hecho que si se mejora el nivel económico de una familia, esta familia compra un radio o mejores ropas o bien lo invierte en alcohol, pero frecuentemente sucede que ese ingreso no se emplea para mejorar la dieta a que está habituada.

Pero existen también otros aspectos de orden social que, en el caso particular de la infancia nos interesan, y quisiéramos rogar al Doctor Jorge Luis Arriola la gentileza de expresar sus comentarios al respecto.

Doctor Arriola: Antes de responder a la pregunta, o de tratar el tema que se me sugiere, deseo insistir sobre las últimas palabras del Ingeniero Arias, porque son muy importantes. Se ha referido al factor económico y nos ha dicho que no es el principal. Es verdad, si se le considera de manera aislada; pero dicho factor debe tener una aplicación, que me parece importantísima. ¿Hacia dónde ha de dirigirse en particular? Es indudable que hacia la producción. Efectivamente, creo que uno de los aspectos más importantes —ya lo dijo el Doctor Epaminondas Quintana en un S.O.S. que acaba de lanzar sobre la producción del frijol—, es el de incrementar la producción de alimentos en el país. ¿Cómo incrementarla? Será precisamente como el Doctor Quintana nos dice en su citado artículo, relacionándola con ciertos estímulos: ¿certámenes, premios y otras actividades de carácter puramente moral? Considero que ha de estudiarse más profundamente desde el punto de vista económico y buscar aquellos factores que son determinantes de la misma, porque debemos dar movilidad al factor económico que se ha señalado hace un momento. Ahora bien, ¿qué clase de movilidad y cómo vamos a darla? Esto es lo que debemos preguntarnos, porque conociendo ya los aspectos fundamentales del problema, nos queda por orientar la acción que nos permita solucionarlos. He señalado en otra oportunidad algunos factores importantes, por ejemplo el sistema de tenencia de la tierra. Sin duda debemos hablar de él con alguna amplitud, porque algunas veces nos parece como si

fuese un tabú. En mi opinión, es importante y fundamental. Por ello, debemos buscar una solución favorable, equitativa y racional al problema de la tierra ociosa, principiando por el uso que ha de darse a las del Estado. La tierra sin cultivar constituye un capital inoperante, ya que ésta debe considerarse siempre en función económica. El tenerla ociosa en una gran extensión, como ocurre ahora, equivale a dejar un capital congelado; de manera que enfocando este problema, no con la preocupación analítica, como deberíamos hacerlo, porque no tenemos tiempo para ello, podemos decir que la tenencia de la tierra está relacionada con otros aspectos importantes, por ejemplo, el cambio de los recursos tecnológicos utilizados hasta hoy por el campesino guatemalteco, sea dirigido por el terrateniente, o siendo él a su vez terrateniente. Los sistemas aplicados actualmente son primarios. Guatemala, en efecto, es un país de tecnología muy simple, la cual debe modificarse introduciendo cambios de tipo cultural en las diversas comunidades. Mientras no pensemos en la modificación de esos patrones culturales —me refiero a los de carácter estrictamente tecnológico, que de los otros ya se ha hablado aquí—, no incrementaremos la producción. El Doctor Quintana señala con algún acierto, que se producirán alrededor de 500,000 quintales de frijol, lo cual viene a confirmar lo que un antropólogo señaló hace algún tiempo con respecto a la dieta guatemalteca, al decir que «el pan del connacional es el maíz; y la mantequilla, el frijol». En efecto, el frijol es nuestra mantequilla, pero desde hace veinte años su producción no ha variado mucho. Es decir, que desde hace dos décadas no se modifica la situación productiva, lo que ha ocurrido también con el café; aunque en relación a este producto hay otros factores de los cuales nos hablará seguramente el Doctor Noriega Morales, especialista en estas cosas. Pero, volviendo al frijol, ¿cuáles son las razones por las que no ha aumentado la producción en el país en el curso de los dos últimos decenios? Hay oscilaciones en más o en menos, pero el promedio es siempre el mismo.

Señalaremos algunos otros factores, especialmente el hecho de que hay innumerables familias indígenas que no pueden disponer de una parcela propia para el cultivo del maíz, o bien forman parte del grupo de asalariados, o se produce el fenómeno de la emigración del altiplano hacia la costa. Sólo quiero hacer notar este hecho, a fin de que sea objeto de un estudio en el futuro, con el propósito de analizar las condiciones por las cuales los trabajadores agrícolas del altiplano se ven forzados por hábiles intermediarios a bajar a la costa, lo que determina, desde luego, el abandono de la familia,

porque tal emigración lleva como correlativo la ausencia del jefe de la familia o de los parientes varones, dejando la producción en manos de la esposa y de los hijos de menor edad.

De manera, pues que, en general, cabe señalar la necesidad de una reforma en el orden tecnológico. Sin embargo, hay otro hecho acerca del cual se ha hablado muy poco en Guatemala, como es el de la distribución de las masas humanas. Efectivamente, en el altiplano tenemos una población muy grande en relación a las otras zonas del país. El altiplano tiene aproximadamente un 60 u 80% de la población agrícola del país. Nos preguntamos entonces, si no sería posible modificar la producción del maíz en dicha zona, ya que hay otros productos compensatorios, como el trigo, la cebada, etc., lo cual nos lleva a la pregunta relativa a saber en qué condiciones se produce el maíz en aquellas alturas. Todos sabemos que son extremadamente precarias, primero por la calidad de la semilla, luego por las erosiones de las tierras, la falta de fertilizantes, etc. La economía de subsistencia del indígena del altiplano no le permite destinar una parte de sus ingresos para comprar fertilizantes. Acerca de ello, cabe observar la rigidez periódica de los ingresos de la familia campesina guatemalteca, lo que hace imposible destinar una parte de éstos, para mejorar la producción, y esto sucede aún en el caso del ladino rural.

Afortunadamente algo se está haciendo en este sentido. El Servicio de Fomento de la Economía Indígena (SFEI), institución asociada al Instituto de Fomento de la Producción, ha introducido, o está introduciendo, cambios tecnológicos en algunas comunidades de la República, que han permitido al indígena adquirir fertilizantes en condiciones muy favorables. Comienzan a verse los resultados del uso de estos recursos. El SFEI, por medio de experiencias objetivas —cultivo de parcelas testigos—, ha logrado hacer comprender a los campesinos, la necesidad de modificar sus sistemas de producción agrícola, utilizando semillas seleccionadas y fertilizantes.

Pero volviendo al problema de la distribución de ciertas masas humanas en el país, lo lógico sería estudiarlo cuidadosamente, a fin de no aplicar programas que pudiesen producir fuerte tensión en las comunidades, con las consiguientes reacciones de inadaptación.

En la zona sur de la República, se obtienen dos cosechas anuales de maíz; en cambio, en el altiplano no hay sino una, y muy precaria. Si se pensara entonces en una mejor distribución de la

tierra en las zonas cálidas, de manera que los campesinos del altiplano pudiesen ser propietarios en ellas, dejando su fortaleza occidental, la situación económica sería menos grave de lo que es ahora, e incidiría de manera natural en la producción, aumentándola paulatinamente, a fin de luchar contra la desnutrición actual. En ese sentido, sigo sosteniendo el criterio de que la desnutrición es un mal económico-social. Creo también que este problema debiera considerarse en latitud nacional, dándole ese carácter de mal económico, a que me he referido. En la misma forma podría tratarse la tuberculosis, estudiada desde el punto de vista clínico, desde luego, aunque han de buscarse sus raíces profundas en la falta de producción, en el bajo ingreso, en una palabra, en la miseria. De manera, pues, que ha de considerarse el factor de la movilidad de un sector de la población guatemalteca como otro recurso para aumentar la producción. Claro está que hallaríamos resistencias, y muy serias, en el campesino. Hay una tradición, mejor dicho, una técnica tradicional para el cultivo del maíz, que va acompañada de ceremonias, de ritos mágicos, que no abandonarían fácilmente, porque el indígena no alcanza aún a comprender la influencia de los factores telúricos en la producción. Cuando deposita el grano en el surco, acompaña este sencillo acto con una ceremonia ritual, que se llama «costumbre», que, para mí, es expresión de su angustia vital. En efecto, es su *angustia nutricia*, determinada por la falta de cultura tecnológica.

El Ingeniero Arias se refirió a la posibilidad de que uno de estos factores no controlados pudiera dejar a la familia indígena sin sustento. Para el indio, un viento, un huracán, una plaga, etc., no son hechos naturales; tienen un carácter sobrenatural. Por ello es necesario que comprendamos cómo va asociada a uno de esos hechos, una actitud mental, que se traduce por la adhesión a ciertas fuerzas de tipo mágico. Entonces la situación económica del indígena, o del campesino, incluyendo al ladino rural, es de tal naturaleza que cualquier modificación en su *status* económico produce inmediatamente una catástrofe. El indígena presionado por esas fuerzas, es una presa fácil para cualquier habilitador, el cual le ofrece dinero como anticipo de un trabajo no determinado, y lo lleva suavemente hacia la costa, utilizando los recursos del antiguo peonaje de deuda. Más tarde vuelve a su hogar, agotado por los males contraídos en zona baja; sin medios, sin esperanzas, sin energías para trabajar...

Además de los factores analizados, el problema presenta una característica determinada desde el

punto de vista médico, que considero, como dije, subordinado al económico, al educacional y al social.

Ahora bien, lo importante es que un problema de tal magnitud como éste, no sea tratado de manera unilateral. En Guatemala, hemos tenido la preocupación de atomizar el esfuerzo, de atomizar la acción, de no enfocarla en función de equipo.

Para terminar, sólo quiero señalar un hecho que es también alarmante en relación a la producción de alimentos.

El Doctor Whetten, uno de los antropólogos que se han dedicado especialmente a esta clase de estudios, señala en un trabajo de mérito que fue leído en el Seminario de Integración Social, efectuado en esta ciudad en 1956, un futuro problema que quizás tenga aún mayores proporciones: el del crecimiento de la población guatemalteca dentro de diez o veinte años. Podríamos, pues, fijar ese crecimiento por décadas, para que se comprenda mejor lo que el Doctor Whetten dice, al referirse a ello en estos términos:

«La composición de la población de Guatemala y sus tasas vitales, sugieren la posibilidad de un rápido crecimiento de la población en un futuro cercano. Por cierto, que parece razonable suponer que la tasa de mortalidad decaerá notablemente. Esta suposición se funda en la presunción de que algunos de los servicios de salud pública, que ahora existen en la ciudad de Guatemala, se extenderán gradualmente a otras partes del país. Por ejemplo, en 1955 había 517 médicos ejerciendo la profesión en la República. Sin embargo, las dos terceras partes de éstos, o sean 341, ejercían en la capital, que tiene solamente el 10 por ciento de los habitantes del país. De tal manera que en la ciudad de Guatemala había menos de 900 habitantes por cada médico, comparados con los 16,000 o más, que había en todo el resto del país. Parece cosa segura, sin embargo, que los médicos y los servicios de sanidad estarán gradualmente disponibles en los sectores rurales de Guatemala, y que la elevada tasa de mortalidad será reducida poco a poco. Es interesante a este respecto que recientemente se estableció un nuevo centro de sanidad para áreas rurales en Amatitlán.

Si los servicios de sanidad mejoran lo suficiente como para producir severa reducción en la tasa de mortalidad, y si la tasa

de nacimientos continúa siquiera cerca de los elevados niveles actuales, entonces Guatemala se enfrentará a dificultades nacidas de un exceso de población en un futuro no muy lejano. Así ocurrirá, a menos que se introduzca la industrialización, que se adopten técnicas agrícolas más eficientes y que se haga producir más intensamente a las tierras, hoy en desuso, de la costa del Pacífico y de las regiones del norte.

Las Naciones Unidas publicaron, en 1954, las proyecciones de población de cada uno de los países de la América Central. Dichas proyecciones indican que la población de Guatemala podría doblarse en 1980. Tres estimaciones diferentes se calcularon con base en tres diferentes combinaciones de suposiciones. La estimación más baja presume que las tasas de mortalidad y de fertilidad disminuirán lentamente y que para 1980, Guatemala contará con una población total de 4,989,000 personas. La estimación mayor presume que la tasa de mortalidad disminuirá un tanto más rápidamente que la tasa de nacimientos, y que la población será de 6,715,000 personas. El cálculo medio es de una población futura de 5,759,000. Por ahora, es imposible saber si estas estimaciones serán exactas, pero parece inevitable, sin embargo, que Guatemala pueda esperar un crecimiento rápido en el futuro y que tenga que encararse con problemas aún más graves de educación y desarrollo económico, de los que tiene en la actualidad. Guatemala puede llegar a enfrentar una situación explosiva, si el cálculo más alto llega a ser una realidad».

Esperamos que la autorizada palabra del Doctor Whetten, nos sirva de norma para estudiar con más amplitud y fervor nacional el problema que nos ocupa.

El tiempo siempre avaro, aún más en esta oportunidad, sólo me ha permitido esbozar algunos de los aspectos económico-sociales del problema estudiado en esta mesa redonda sobre la desnutrición, mal que anda a pasos agigantados en Guatemala...

Doctor Pérez Avendaño: Muchas gracias, Doctor Arriola. A no dudar, su intervención ha servido para iluminar muchos aspectos del complejo problema de las desnutrición, que usted tan acertadamente llamara un mal económico-social más que una enfermedad. Ello implica un trabajo en equipo con establecimiento de objetivos comunes y líneas de acción afines, si es que se desea lograr

una solución permanente de ese problema. Nosotros los médicos nos damos cuenta que no somos y que no debemos ser, sino partes de ese equipo. Nuevamente, muchas gracias, Doctor Arriola.

Tenemos la suerte de contar, en esta mesa, con la presencia del Doctor Manuel Noriega Morales, a quien deseamos solicitar exprese algunos comentarios con respecto a otros aspectos de índole económico-social de importancia en estos casos.

Doctor Noriega Morales: Mis colegas han cubierto ya un amplísimo campo de los problemas socio-económicos que afligen a nuestro país y que tienen relación directa con el tema básico de esta mesa redonda, o sea el problema de la desnutrición infantil. Los casos que hemos escuchado esta noche han puesto de relieve un denominador común: el bajo ingreso de la familia y las condiciones de pobreza, de pauperismo podríamos decir, que privan en ellos y que han sido quizá la causa directa y más inmediata de la desnutrición de esos niños. Ese denominador común, me atrevo a creer, es mucho más grave de lo que imaginamos en el recinto de esta sala. Los que hemos examinado los resultados de la encuesta sobre el costo de la vida en la ciudad de Guatemala, que ha realizado la Dirección General de Estadística, con la eficaz colaboración del Ingeniero Arias, aquí presente, y las encuestas del costo de la vida —más espaciadas y menos sistemáticas quizá—, que se han llevado a cabo en los sectores rurales, nos cabe la pena de considerar que ese denominador común del bajo ingreso abarca fácilmente al 70 u 80% de la población de Guatemala. Desafortunadamente, las grandes mayorías campesinas y gran parte de los trabajadores de los centros urbanos, tienen ingresos tan precarios que podríamos abrigar pocas esperanzas de que, a menos de mejorarse esas condiciones, se pudiese mejorar la dieta de la población y prevenir esos casos dramáticos de síndrome pluricarencial infantil de que se ha hablado en la sesión de esta noche.

Personalmente tengo una buena dosis de optimismo al creer que esos angustiosos problemas podrían encontrar solución, si se contara con la colaboración de autoridades, instituciones y de ciudadanos, dentro de una política nacional de grandes alcances como pedía el Ingeniero Arias, toda vez que se trata de un problema nacional en toda la extensión de la palabra.

Para ello debería principiarse por analizar más metódica y sistemáticamente los varios factores y elementos que intervienen en este pavoroso cuadro. Lo primero que ha saltado a la vista, como ya se

ha dicho, es el bajo ingreso de los sectores rurales, donde las mayorías campesinas e indígenas especialmente, tienen un ingreso notoriamente insuficiente para llenar las necesidades vitales mínimas del ser humano. Por otra parte, los sectores de trabajadores urbanos carecen también, en gran medida, de salarios e ingresos suficientes que les permita gozar del minimum de alimentación nutritiva necesaria para contar con una población fuerte y saludable que a su vez sea suficientemente capaz de alcanzar mayor eficiencia productiva. De ahí la necesidad de adoptar medidas que permitan elevar el nivel de vida nacional por medio del incremento de los salarios, principiando por la introducción del salario mínimo.

En otros países se han aprobado legislaciones de salario mínimo que aunque al principio adoptan tasas de salario relativamente bajas, permiten su incremento gradual y continuo conforme se desarrolla el país. Lo importante es, después de todo, principiar por fijar un salario mínimo del que no pueda descenderse por ningún motivo, porque a menos de ese nivel mínimo de ingreso, es inhumano pensar en la supervivencia de la especie. Aunque en Guatemala en más de una ocasión se ha hablado de una legislación protectora de esa naturaleza, nunca se ha tenido —que yo sepa— el coraje de imponerla, con la gradualidad, la cautela y el cuidado que imponen los fenómenos económico-sociales para no causar dislocaciones violentas en la economía del país. Como economista y como ciudadano, me parece a mí que ha llegado el momento de que se den los pasos necesarios para la fijación de salarios mínimos, a fin de contribuir a superar los niveles de miseria en que viven muchos de nuestros conciudadanos.

Desde luego, esa es apenas una de las varias medidas que sería posible tomar. En la marcha económica de un país, hay otros sectores que es posible movilizar. El Doctor Arriola hacía referencia a un problema vital: el de la mayor producción de alimentos como resultado de una mayor producción agrícola en el país; él encaró con mucho valor este problema y personalmente pienso que debe merecer la atención de las autoridades, pues es evidente que una mayor abundancia de producción alimenticia y una mejor producción agropecuaria, probablemente reducirán los costos individuales de los alimentos.

En nuestro país, la carne y las fuentes de proteínas casi le están negadas a grandes sectores de la población. Los precios de las carnes, los pescados, las leches, los productos lácteos, los huevos, que tienen tantos elementos nutritivos, no están al al-

cance de los ingresos de la mayor parte de las familias trabajadoras urbanas y rurales. De ahí que los esfuerzos que de una manera u otra propugnarán por una mayor y más eficiente producción, es decir lo que en la jerga de nosotros los economistas se llama una más alta productividad, tenderían a abatir los costos y abaratar los precios de las subsistencias. Es ésta una de las políticas de ámbito nacional, que personalmente creo que no se ha seguido con el cuidado y con la atención debidos.

En este aspecto permítaseme decir que un camino a seguir sería el de propiciar una mayor producción de alimentos que obedeciera a una política agrícola de selección. En este caso, el tipo de producción debería fundarse en los consejos de los expertos en nutrición, a fin de mejorar la dieta de nuestra población en aquellos elementos en que la alimentación es deficiente.

En ese caso, creo que no debería hablarse en términos de producción en general, sino de producción de elementos básicos para la dieta en cantidades más abundantes y a precios mucho menores de los que ahora prevalecen en los mercados. Para ello deberían tomarse en cuenta los varios factores que están envueltos en el problema; por ejemplo, la inadecuada distribución de la tierra de que habló el Doctor Arriola; el excesivo minifundio que prevalece en el altiplano, donde las tierras son pobres y erosionadas, y los latifundios que no es posible todavía cultivar a plenitud en las llanuras fértiles de la costa. Un mejor equilibrio en el uso de esas tierras para una mejor producción es de primordial importancia. Otro factor sería una política agrícola diseñada a producir aquellos artículos en que somos más deficientes y en que tenemos más necesidades nutricionales que satisfacer y, finalmente, una política de precios, de distribución y de mercados que, dentro de las técnicas económicas contemporáneas, contribuyera al abaratamiento de las subsistencias.

El panorama que tenemos por delante es bastante serio; las expectativas de crecimiento de la población, de que se hablaba en esta mesa, lejos de confirmarse hacia la línea mínima, se están confirmando hacia la línea máxima, o sea que no es aventurado prever que nuestra población actual de tres millones y medio de habitantes en números redondos, se vea duplicada literalmente a relativo corto plazo. En efecto, en el curso de menos de una generación, es decir en unos veinte a veintidós años, nuestro país puede alcanzar una población de seis y medio a siete millones de habitantes y por hoy no se ve que el crecimiento del ingreso y el crecimiento de las subsistencias corran para-

lelos a ese incremento explosivo de la población de Guatemala. La tasa neta de crecimiento es alrededor del 3.4% anual y como es acumulativo, porque opera como un interés compuesto, va a duplicar nuestra población en aquel breve período; por lo tanto, si no se toman medidas adecuadas para incrementar la producción, elevar la productividad y mejorar los niveles de ingreso de nuestra población, lejos de ver expectativas de mejoramiento, podemos anticipar un cuadro desolador de mayor miseria.

Ante esa situación deben abrir los ojos los estadistas, los sociólogos, los economistas y en general, los hombres que se preocupan por el bienestar de nuestro pueblo en todos sus aspectos, a fin de promover algunos cambios en la estructura económico-social de nuestro país.

No quisiera pasar desapercibidos dos o tres elementos que el Ingeniero Arias y el Doctor Arriola trajeron a consideración, pues quizá he dado excesivo énfasis a ciertos aspectos de orden económico en mi afán de hacer patético el panorama de nuestra situación, afectada sin duda por aquellos factores. Como dijo el Ingeniero Arias, al examinar el problema de la desnutrición, debe tomarse en cuenta la existencia de otros factores sociales y culturales. Estimo, sin embargo, que en la raíz de esos otros aspectos, en la raíz del problema de la educación, en la raíz del problema de la divulgación de hábitos higiénicos y las necesidades de nutrición, y en la raíz del problema de la comunicación entre el médico y sus pacientes, ya sea directamente o por medio de los trabajadores sociales, de las enfermeras y de los especialistas auxiliares, está siempre subyacente el fenómeno económico, que según me parece, penetra en todos los aspectos de un problema tan complejo.

Desearía referirme concretamente al problema de la educación. Conuerdo con el Doctor Béhar, a quien escuché hace un rato y le había escuchado antes por televisión, al decir que uno de los problemas más grandes que los nutricionistas encuentran, es el de persuadir a las madres o padres de familia, de la necesidad de cambiar ciertos hábitos alimenticios o introducir modalidades en las dietas de sus niños. El llegó hasta exponer los casos de personas y familias que mejoran de ingresos y sin embargo no mejoran sus hábitos dietéticos ni la calidad de su alimentación, porque sus niveles de educación son insuficientes y no tienen adecuada comprensión de su importancia. En la apariencia el fenómeno parecería envolver un problema educacional o cultural simplemente. Yo creo que existe un problema económico detrás de ese fenómeno,

pues tengo la impresión de que el Estado contemporáneo no gasta lo suficiente dentro de sus presupuestos, en las grandes campañas de educación que debiera efectuar para llevar a todos los niveles de la población, estas nociones de la vida y de la salud. Así como el Estado gasta a veces sumas impresionables en la milicia o en actividades burocráticas y aún en obras muy constructivas como hacer caminos, así debería asignar sumas también considerables para la educación masiva de nuestro pueblo, porque sólo los pueblos que adquieren desde la tierna edad de los niños, ciertos niveles mínimos pero sólidos de educación, son capaces de las transformaciones socio-económicas, culturales y sanitarias que se requieren para tener hombres fuertes, vigorosos y capaces de alcanzar una positiva superación.

Mientras mantengamos los niveles de ignorancia de nuestro pueblo, tanto en el sector urbano como en el rural, no podemos esperar esas acomodaciones del ser humano a las nuevas formas de vida que nos recomiendan los médicos, los nutricionistas, los biólogos y en general los hombres que se sacrifican por el bien de la humanidad. Ellos arañan en el mar. No pueden penetrar más allá porque los detiene una barrera infranqueable que es la ignorancia, y la ignorancia sólo se vence en el mundo de nuestros días con grandes gastos, con cuantiosas inversiones de dinero para tener escuelas, maestros, trabajadores sociales y medios de difusión, a fin de llevar la educación a todos los rincones del país y dotar a sus habitantes de un mínimo de cultura esencial que, desde luego, no se logra de la noche a la mañana, pues requiere programas de largo alcance y esfuerzo continuado.

Con toda la fe que tengo en la calidad humana de los guatemaltecos, aún de los más desvalidos por la pobreza o por la ignorancia, estoy seguro de que son susceptibles de aprender y asimilar conocimientos tan luego, como las autoridades, las entidades públicas y los sectores privados conjuguen sus esfuerzos para hacer una campaña intensiva y persistente de educación que abarque siquiera el lapso de una generación.

Si en lugar de invertir cantidades relativamente pequeñas en muchas cosas superfluas, asignáramos una buena proporción de los recursos del Estado para una campaña de educación fundamental de tales proporciones, podríamos romper por ese lado el círculo vicioso y llevaríamos a todos los ámbitos del país, las nociones esenciales de nuestro mejoramiento en los campos de la salud, la nutrición, la cultura y el progreso económico y social de Guatemala.

Doctor Pérez Avendaño: Muchas gracias, Doctor Noriega Morales. Comprendemos hoy mejor que antes, lo complejo del problema de la desnutrición. La educación fundamental tendiente a despertar en el individuo, el deseo de vivir mejor, y la enseñanza de los medios adecuados para lograrlo, indudablemente son de la importancia que usted les impone.

Ojalá, las recomendaciones que ha tenido a bien expresar a fin de lograr ese objetivo, lleguen a escucharse más allá de esta mesa.

Solicitaremos ahora al Doctor Rolando Collado, su intervención para que haga los comentarios finales sobre los casos expuestos.

Doctor Collado: Es difícil empresa hacer buen uso de la palabra, después de haber escuchado a las personas que me antecedieron en el uso de la misma; por lo tanto, trataré de ser lo más conciso y explícito posible, tratando de sugerir una línea de generalizaciones, que ha sido iniciada ya en las brillantes intervenciones anteriores.

Por eso no me referiré directamente al caso que nos ha planteado el Doctor Béhar, sino que a partir de él, llegaré al interesante aspecto que muestra la desnutrición como problema social, su repercusión en la vida del país, y por último, haré algunas consideraciones que de estos dos puntos se derivan.

Al mencionar la desnutrición como problema social, no se está diciendo nada nuevo, pero sí vale la pena recordar que es el INCAP el que, mediante minuciosos estudios y verdadera investigación local, ha demostrado que en toda el área centroamericana, la desnutrición es un verdadero flagelo que no sólo contribuye a elevar los índices de mortalidad, sino que también mantiene en alto, por diversas circunstancias, las tasas de morbilidad.

Si el caso que se está considerando esta noche, lo aplicamos a la realidad de nuestros países, veremos que no es un hecho aislado ni mucho menos, sino que más bien pinta perfectamente la tragedia que con pequeñas variantes, se desarrolla a cada momento en algún sitio de estos pueblos.

La muerte por hambre, que ha sido descrita en los países asiáticos y otros muchos asolados por las guerras, se refiere únicamente al hambre aguda; ésta no se encuentra entre nosotros y es dicho común que en los países americanos nadie se muere de hambre. Esto no es cierto; en realidad, cada año, cientos de niños mueren de hambre, pero de hambre crónica, de falta constante de alimen-

tos nutritivos, en todos los pueblos atrasados, pobres y enfermos como son los nuestros.

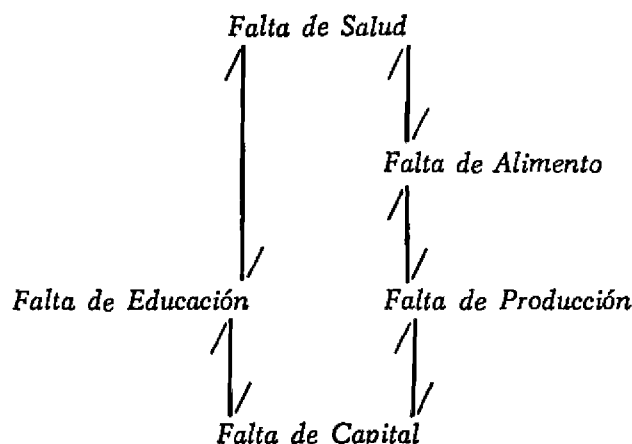
Y es porque el fenómeno no se presenta crudo, como en el hambre aguda, que no se le ha dado la importancia debida; en realidad no se conoce hasta el momento, el número exacto de personas que mueren de desnutrición anualmente, ya que estos datos no se consignan en los Registros Civiles, por incapacidad de quienes asientan las partidas de defunción; sin embargo, se sabe ya que son muchos, especialmente niños de uno a cuatro años, los que sucumben en esa silenciosa y criminal lucha. Son tantos, que es un problema que repercute hondamente en la vida del país, y fuera del aspecto eminentemente humano que presenta este hecho, tiene también una fuerte repercusión económica que daña constantemente la economía nacional.

Por eso, y saliendo de la órbita de la consideración de un caso específico, la desnutrición se muestra como un problema de envergadura nacional, cuya solución no está únicamente en las manos de la ciencia médica; es un problema de profundas raíces que se enlaza fuertemente con otros serios problemas que confronta el país, por lo que no puede considerarse en forma aislada de hecho simple, sino que siempre se deberá profundizar en su estudio, para poder planificar una solución basada en el conocimiento completo de los nexos y causas que lo mantienen y perpetúan.

Muchos de estos nexos y causas son evidentes y varían en importancia; los más importantes han sido mencionados ya y el resto puede ser fácilmente deducido. Sin embargo, cada uno de ellos está a su vez relacionado con otros, y éstos con otros, llegando el momento en el cual no se puede determinar cuál es el más importante.

No es nuestro objetivo iniciar una polémica sobre cuál de los problemas del país es el más importante; esto ha sido y será motivo de amplias discusiones futuras. Sin embargo, si queremos que no se pase por alto la importancia que juega la falta de nutrición del pueblo, ya que éste es uno de los factores conocidos como característica de los países atrasados o económicamente subdesarrollados, como se les llama actualmente.

El concepto «económicamente subdesarrollado», aplicable a la mayoría de los países del mundo, en cuenta el nuestro, no se refiere únicamente al aspecto estrictamente económico, sino también a todos aquellos otros aspectos que resaltan como lastres y deficiencias de un país. La desnutrición es uno de esos lastres, y para que quede clara su participación como factor de subdesarrollo económico, haremos uso del siguientes esquema.



En él podemos ver cómo la falta de alimentos influencia (en el círculo interno), a la falta de salud en forma directa. En efecto, una persona que no se nutre adecuadamente, es fácilmente víctima de una enfermedad y, en los casos severos, la simple desnutrición es la enfermedad misma.

La falta de salud influencia a la falta de educación: una persona, en especial un niño, no es capaz de retener información, ni de adquirir hábitos adecuados, ni en fin, de educarse, si no goza de salud; un niño enfermo, o una persona enferma, no puede educarse bien.

Ha dicho Lord Keynes, el famoso economista inglés, que donde hay capital sin ideas, no hay producción, pero que donde hay ideas sin capital, es más fácil que éstas hagan posible una producción y formen capital. La falta de educación repercute sobre la falta de capital y un pueblo que no tiene ideas, difícilmente puede salir de la pobreza.

Indudablemente, la falta de capital impide producir en gran cantidad; en todo caso es innegable que juega un importante papel en ella, y ésta a su vez, condiciona la falta de alimentos. Si la producción es agrícola, se reduce al mismo factor; si la producción es industrial, el obrero que no produce no puede comprar alimentos; el país que no exporte producción industrial, no adquiere para, a su vez, comprar alimentos.

La vuelta puede ser dada en sentido inverso, ya que una persona subalimentada produce menos; quien no produce, no adquiere capital; éste es indispensable para la construcción de escuelas y para el pago de maestros que harán posible la educación, la cual es la única capaz de inculcar hábitos que permitan la conservación de la salud, y la recuperación precoz de ésta, por medio de la consulta oportuna. Por último, la persona enferma no puede nutrirse adecuadamente y menos podrá producir sus alimentos.

Otras flechas pueden unir diversos factores cruzando el esquema, pues todos los factores se relacionan entre sí, pero la importancia práctica de éste,

reside en que muestra gráficamente la interrelación de los problemas nacionales, demostrando que ninguno de ellos puede estudiarse en forma aislada, si se quiere hacer una labor realmente útil y consciente.

Ahora bien, no basta reconocer que existe este «Doble Círculo de Subdesarrollo Económico», pues ello no da ninguna solución inmediata; si bien es cierto que la ruptura de un círculo vicioso da por resultado la solución de todos los factores que en él intervienen, cabe preguntarse ¿en qué sitio debe romperse este círculo?

La respuesta la tiene todo aquel que participa en una discusión de problemas nacionales, la respuesta correcta no ha sido dada aún, o en todo caso, no ha sido puesta en práctica; contiene, en esencia, todo un programa de política y administración pública.

Mientras tanto, ¿qué puede hacer cada médico cada profesional, cada ciudadano para ayudar a resolver el problema? ¿Tiene cada uno responsabilidad en el mismo?

Detengámonos un momento en este punto y consideremos: ¿Quién tiene la culpa del atraso de país? ¿Sobre quién debe recaer la responsabilidad del subdesarrollo económico nacional?

Es indudable que la situación que confrontamos no puede atribuirse a un Gobierno, o a un movimiento político, o exclusivamente a la voracidad de nuestros vecinos poderosos; es un fenómeno que tiene centurias de edad, es un «estado» del cual no hemos salido, ni saldremos sin un esfuerzo colectivo.

En realidad, no se puede culpar a nadie en especial, la culpa la tenemos todos, aún cuando no en la misma proporción. «Fuera de los factores de tipo internacional, la culpa del subdesarrollo económico del país se distribuye entre todos sus habitantes de acuerdo con los conocimientos y posibilidades de cada uno».

Aceptando esta premisa podemos entrar a hacer consideraciones de tipo práctico: con base en ella se infiere que la mayor responsabilidad pesa sobre los profesionales universitarios, quienes son los indicados para mostrar al pueblo, el camino adecuado para la solución de sus problemas. Surge inmediatamente la obligada pregunta: ¿en qué forma el profesional universitario y la Universidad pueden colaborar en la solución del problema?

Muchas respuestas pueden haber y cada quien tendrá la propia, pero hay algo de suma importancia sobre lo cual vale la pena insistir: no es acep-

table que se prepare con pocos elementos a una persona de la cual se espera mucho. No es aceptable que se preparen universitarios con un criterio unilateral, eminentemente técnico en una materia y desconocedor por completo de otras, cuando de él se espera tanto. Y se espera tanto de él, porque no se le está formando para que el título le sirva exclusivamente de *modus vivendi* o de elevador para su nivel de vida; el pueblo está pagando con impuestos, la formación de universitarios y la supervivencia de la Universidad y es lógico que espere una retribución a sus esfuerzos; por lo menos es de justicia que la retribución se haga.

Pero el profesional que se enquistaba en el ejercicio de su profesión sin preocuparse de lo que le rodea, sin preocuparse de su comunidad ni del progreso de su país, no está retribuyendo en la medida justa a quien le ha ayudado en forma indirecta, no es «faro de orientación» para el pueblo a que se debe.

Sin embargo, no es fácil sustraerse a esta manera de ser y de pensar con la actual formación universitaria; el ingeniero no conoce nada de leyes, ni sabe cómo piensa el abogado, ni por qué; al médico no le interesa la economía, ni conoce la forma de pensar del economista; cada quien mira la vida a través de un tubo que es su profesión y se pierde por completo la visión de conjunto, la visión amplia que permite consideraciones más justas y humanas y más prácticas.

No se forma un «espíritu» o un «criterio universitario», antes o durante la formación facultativa; cada quien es un técnico en una materia y hay que hacer un esfuerzo para traspasar ese círculo.

No puede aducirse que así es en los países adelantados, pues en ellos, a pesar de que se caracterizan por el predominio de la técnica, tienen antes un período de formación integral y hasta después entran los estudiantes a los estudios específicos.

Nuestros países necesitan aún más que los otros de universitarios completos, y menos de técnicos con miopía para los problemas colectivos. Esa es la responsabilidad de la Universidad: la de formar profesionales que sean capaces de afrontar y resolver los problemas del pueblo que ha hecho posible esa formación.

Y esa es la consideración que demás utilidad práctica me parece. Hay otras muchas que tienen que ser ejecutadas por personas ajenas a nosotros y que, por lo tanto, pueden llegar a reducirse a «un grito más en la noche», pero los cambios que

puedan ser hechos dentro de la Universidad y de los universitarios, tienen, por su mayor responsabilidad y repercusión, más posibilidad de resultados prácticos. Agradezco al Instituto de Nutrición de Centro América y Panamá, y en especial a los Doctores Carlos Pérez Avendaño y Moisés Béhar, la gentil invitación que se me hizo para participar en esta mesa redonda.

Doctor Pérez Avendaño: Muchas gracias, Doctor Collado. Creo que usted ha resumido en forma clara lo que es el problema y cómo debiera enfocarse, adjudicando a la Universidad una de las mayores responsabilidades. En ese sentido, estamos de acuerdo con usted.

Permítaseme ahora presentar ante ustedes las que, a nuestro juicio, debieran ser las conclusiones de esta mesa redonda, las que hemos tratado de hacer lo más práctico y efectivo posible. Ojalá que así sea.

CONCLUSIONES

1. El problema de la desnutrición es el resultante de un proceso muy complejo, en el que las causas determinantes son múltiples, entrando en juego en forma interdependiente y simultánea.
2. El conocimiento de esos factores y la forma cómo operan, deben ser tomados en consideración, tanto para la solución de los casos individuales como los de las comunidades.
3. Al atender casos de desnutrición, el médico debe enfocarlos desde el punto de vista integral que contemple los aspectos educativos, culturales, sociales y económicos de la familia, a fin de que su labor sea práctica y benéfica.
4. La solución del problema de la desnutrición a nivel local, o a nivel nacional, no depende de la acción aislada de organismos de Salud Pública, Educación, Agricultura, Economía, etc. Tal solución se logrará cuando todos estos organismos trabajen simultánea y coordinadamente hacia un objetivo común.

RECOMENDACIONES

A la Facultad de Ciencias Médicas: que trace sus objetivos hacia la formación de médicos con un sentido social amplio que les permita estudiar y tratar al paciente en forma integral, y los capacite e interese en el estudio y solución de los problemas de orden médico-social.

A la Universidad Autónoma de San Carlos: que promueva la organización de un seminario para el estudio integral de los factores que determinan la

desnutrición, considerada como un problema nacional, en el cual participen técnicos de los diversos ramos que estudian separadamente dichos factores (médicos, economistas, sociólogos, antropólogos, agrónomos, etc.).

COMENTARIOS

Doctor Guillermo Arroyave: En el curso de esta mesa redonda se ha venido insistiendo en que debe hacerse esto o aquello, en que debe tomarse tal o cual medida para darle solución al problema que nos preocupa. Lo único objetable a esas recomendaciones es, en mi opinión, la forma impersonal en que clásicamente se expresan. Al decir *debe hacerse*, no se sugiere persona o institución específica como responsable de llevar a cabo la acción; en esa forma todo se queda en planes e ideas.

Repito que yo creo que la Universidad, haciendo honor a su categoría que, al menos teóricamente, es la *concentración de individuos pensantes*, debe asumir la responsabilidad directa de dirigir la acción reivindicadora en todos los frentes de batalla en que hay que luchar para derrotar al enemigo común, la desnutrición.

Esto, sin embargo, parece lejos de poder ser una realidad bajo el presente estado de cosas universitarias. La Universidad de San Carlos ha estado y aún está preparando promociones de profesionalistas, con intereses claros de su futuro individualista en términos de éxito profesional, medido por lo general en función de *quetzales por mes*. Desde luego, hay honrosas, pero desgraciadamente muy pocas excepciones. Poca o ninguna guía organizada recibe, por lo general, el estudiante durante múltiples años de su carrera profesional, en cuanto al significado del acúmulo científico que está adquiriendo en relación con el *hombre*, pero no el *hombre* individuo, el cliente, sino el *hombre* como masa humana que lo rodea y que está pidiendo a gritos ayuda para liberarse del hambre, la enfermedad y las limitaciones sociales y económicas que lo agobian.

Doctor Carlos Gallardo Flores: Considero que es preferible que una familia tenga dos hijos sanos y no seis enfermos; yo creo que es tiempo que se plantee el problema de la alta natalidad como problema de orden económico-social de la desnutrición.

Doctor Epaminondas Quintana: Hace un año el Doctor Alberto Viau, la Doctora Isabel Escobar y un servidor, presentamos un plan para la creación del Consejo Nacional de Nutrición, Consejo que podría aunar todos los esfuerzos de esta bri-

llante mesa redonda y guiar al Gobierno en la política sobre alimentación. La Presidencia de la República creó el Consejo Nacional de la Nutrición pero, desafortunadamente, no ha llegado a integrarse. Toca pues al Congreso Nacional de Medicina de 1958, reclamarle al Gobierno poner en vigencia este acuerdo. Como educador debo decir que en la actualidad tenemos 50 supervisores de maestros que están recibiendo un cursillo de educación nutricional, horticultura y cuidado de animales domésticos. Estos supervisores, a partir del mes de enero entrante, irán por todos los lugares del país a poner en marcha la educación nutricional. Se multiplicarán progresivamente, ya que cada uno de ellos preparará a 150 líderes de localidades en su región. Para 1964 este número aumentará en mil comunidades a 500 maestros y 4,000 mujeres, quienes trabajarán en favor de la nutrición.

Doctor Luis Felipe Carrascosa: Por primera vez se plantea en los eventos científicos y médicos, en forma clara, los aspectos sociales y económicos de los problemas fundamentales y observamos un surgimiento del deseo de una buena orientación para solucionarlos. No estoy de acuerdo en responsabilizar a la Universidad para la solución del problema, y debo decir que si la Universidad no ha contribuido más a esa solución de los problemas nacionales, se debe a la situación paupérrima que ha atravesado en toda su historia: creo que dentro de las recomendaciones caben algunas dirigidas a

los organismos estatales que son los que deben contemplar a conciencia estos problemas.

Doctor Miguel Angel Aguilera: Considero que en el círculo vicioso de que se ha hablado, lo más importante a resolver es el aspecto económico y, por consiguiente, creo que es la política económica del país, la que hay que orientar de acuerdo con las necesidades del país.

Doctor Salvador Ortega: Hemos presenciado con agrado el aporte, no sólo del gremio médico, sino también de las distinguidas autoridades facultativas universitarias aquí presentes, lo cual representa un estímulo de aliento al esfuerzo hecho por la Comisión Organizadora de este Congreso y por la directiva que rige los destinos del Colegio actualmente. Felicito muy sinceramente al grupo de tesoneros científicos y compañeros nuestros que luchan en el INCAP y que tanto nombre le da a nuestra patria.

Doctor Héctor Morales Díaz: Aunque no tengamos en las manos la solución, considero y, en ese sentido hago una propuesta concreta, que los expertos en cada rama, deben plantear las recomendaciones que salgan de estas deliberaciones para que no queden simplemente como tales. Existe una comisión encargada de cuidar que las recomendaciones sean atendidas y desde luego que éstas que se refieren a la desnutrición, se les debe dar la atención que se merecen.